

NACIONALISMO LITERARIO

Escribe: HERNANDO TELLEZ

Con monótona frecuencia se renueva en los periódicos y suplementos literarios del país, la estólida queja de que los escritores colombianos pertenecientes a la generación que hoy tiene entre cincuenta y sesenta años, no se ha ocupado de los asuntos colombianos y de que en sus obras no se refleja la realidad nacional. Se les atribuye, sin discriminación, la falta de autenticidad y el pecado del snobismo. La cuestión, presentada así, con esa simpleza, por los heraldos de la *americanidad* y de su especie más concreta, la *colombianidad*, es una inepticia.

Lo primero que habría que decir al respecto es que en cuanto al arte se refiere, el nacionalismo no es garantía contra nada, ni contra la falta de talento, la miseria del estilo o la tontería intelectual. No es garantía del acierto en la creación artística, pues la única que a este respecto se conoce es el talento del creador. Ni la raza, ni el suelo, ni el idioma, ni la particular historia de un pueblo, constituyen fianza de buen manejo y cumplimiento con el arte. El nacionalismo, como panacea estética, no existe, ni tiene el poder milagroso de transformar a los mediocres en genios, ni a los tontos en listos. La *colombianidad*, o la *peruanidad*, o la *mexicanidad* o la *argentinidad*, etc., etc., no es un valor previo y preexistente, anterior o disponible, cuya utilización bastaría para producir una consecuencia artística de primer orden. Es evidente que la autenticidad y la validez de la obra de un pintor mexicano, Tamayo, por ejemplo, y las de un escritor argentino, Borges, verbi-gratia, no se derivan del hecho de que en sus cuadros, el primero, y en sus escritos, el segundo, aparezcan revelados ciertos aspectos de la *mexicanidad* o de la *argentinidad*, sino del talento personal e inconfundible con que haya sido hecha esta revelación. Sin talento en ninguno de los dos, la nota nacional que aparece en sus obras no podría salvarlos. El nacionalismo como norma de aplicación forzosa para el artista, es castastrófica demagogia. El gran arte de un pueblo nace de la irremplazable circunstancia de que en ese mismo pueblo haya grandes artistas, es decir un cierto número de gentes con suficiente

(1) Artículos publicados en "El Tiempo", de Bogotá, en diversas ediciones de junio de 1961.

talento, o con la dosis adecuada de genialidad para que ese fenómeno se produzca. Si no los hay, la cuestión no tiene remedio. Y la ausencia de un gran arte, en cualquier pueblo o nación, puede ser asunto de siglos. Si bastara con interpretar y sentir la nacionalidad, para evitar esos inmensos intervalos en que solo florece la mediocridad, nadie dejaría de aplicar la fórmula mágica y salvadora.

Algo semejante ocurre con el nacionalismo continental. La *americanidad* como receta literaria, pictórica, sociológica, filosófica, etc., etc., es otra de las ilusiones más pobres que se crea el provincialismo cultural, con el cómodo agregado de la *novedad* del hombre americano, y la profecía, también muy cómoda, de su destino imperial en el futuro de la especie y de la historia. La *novedad* de la criatura americana es un dato cronológico del mestizaje, pero no es un dato cultural. Novedad en cuanto a la mezcla racial, y nada más, porque en cuatrocientos años, todo cuanto tenemos y todo de lo que disfrutamos, lenguaje, ideas, hábitos, instituciones técnicas, es de origen europeo. Esta verdad puede fastidiar a los empresarios intelectuales de los folclores indígenas y a los sociólogos que creen que América inventó sus propias ideas políticas.

Pero dejando de lado este aspecto de la cuestión, que daría para rato, el reparo que se le hace a la generación de escritores colombianos a que me he referido, es completamente inválido, pues no es ella precisamente un modelo de cosmopolitismo ni de desarraigo, como no lo es tampoco el grupo de escritores que le sigue a muy corta distancia temporal. Claro está que esos escritores no escriben en dialecto indígena, ni esperan el advenimiento del Gran Mulato que debe salvar a la cultura occidental. Ligados a esa cultura, hijos de ella misma, no han necesitado hacer ninguna apostasía para interesarse, hasta el fondo, por lo limitadamente propio, por la provincia histórica, social, geográfica y humana, en que han nacido. Es notorio, por ejemplo, que Germán Arciniegas ha escrito unos diez volúmenes sobre la historia y los problemas colombianos; Jorge Zalamea dos libros sobre pintores colombianos, uno de interpretación sociológica, sobre el departamento de Nariño, una pieza de teatro cuya atmósfera y cuyos personajes son colombianos, y miles de artículos, conferencias y ensayos acerca de cuestiones colombianas que llenarían, por lo menos, una docena de volúmenes; Eduardo Caballero Calderón cuenta en su haber dos novelas regionalmente colombianas y diez libros de ensayos sobre asuntos nacionales; Eduardo Zalamea es el autor de la única novela colombiana que tiene por escenario a La Guajira; José Francisco Socarrás no ha escrito como literato, sino sobre temas colombianos; a Adel López Gómez sería una monstruosidad achacarle cualquier proclividad extranjerizante o cosmopolita; Jaime Ardila Casamitjana es casi un costumbrista colombiano en el buen sentido de esta clasificación; Juan Lozano y Lozano no tiene en el tomo de sus obras provisionalmente incompletas —de cerca de un millar de páginas— y en el resto de su obra, que ocuparía por lo menos dos millares más, ni siquiera veinte páginas que no se refieran a temas colombianos; Rafael Maya, como prosista, es autor de tres o cuatro libros de estudios críticos sobre autores colombianos; y Alfonso López Michelsen es autor de una novela de ambiente colombiano y de otros dos libros de ensayos sobre problemas del país.

Estos nombres de prosistas —con los poetas habría que entrar en otro tipo de consideraciones— citados al azar de la memoria, significan muy bien a su generación en la diversidad de sus tendencias. Debe haber muchos más, que, estoy seguro, no modificarán, sino completarán la prueba plena de que calificar a dicha generación de extranjerizante, desarraigada y snob, es una simple tontería.

Y aún quedaría por decir esto otro, probablemente lo principal: que si los escritores mencionados han vertido en sus obras la realidad nacional y de ella se han ocupado con un sentido o un designio artístico, no ha sido ello en acatamiento a una didáctica, a una pedagogía exterior a las exigencias de su propia voluntad de escritores. Lo nacional, en ellos, no es, ciertamente, un mandato patriótico, sino una necesidad interna de su propia expresión, de su manera artística, de su desideratum estético. La humedad y la melancolía de la sabana de Bogotá transcrita en el primer Nocturno de Silva, no son un apoyo ni una justificación nacional de su poema, ni una prueba de patriotismo, sino la revelación estética de una sensación familiar, recuperada para siempre gracias al genio del poeta. Este ejemplo tal vez aclare, mejor que cualquiera otra clase de razones, lo que se ha querido expresar en esta glosa respecto del nacionalismo entendido y practicado ingenuamente como programa de segura salvación para los escritores.
